

POLITIQUE D'ABORD. RESPUESTA AL SEÑOR ISMAEL SAZ CAMPOS*

Pedro Carlos González Cuevas
UNED

Reconozco que, en un primer momento, he dudado en escribir esta réplica; y ello por varias razones. No es la más importante la anomalía que supone tener que polemizar con sujeto interpuesto. El señor Saz Campos ha elegido, supongo que libremente, su condición de defensor de Paul Preston, a quien, para tal honor, debe tener en gran estima, personal e intelectual. Allá él; es su problema. Quizá Londres, como París, bien valga, no una misa, pero sí una réplica. Lo que ocurre es que yo no sé, en realidad, con quién he de debatir. No obstante, he decidido replicar a Preston/Saz Campos, porque creo que debo dejar claras mis posiciones. Igualmente, porque, hasta ahora, tenía, personalmente, una cierta querencia hacia el señor Saz Campos. No olvido su generosidad cuando yo realizaba mi tesis doctoral sobre *Acción Española*, al proporcionarme cierta documentación de los archivos italianos sobre las relaciones entre los monárquicos españoles y los fascistas. Por otra parte, sus libros *Mussolini contra la II República* y *España contra España* me parecen dos obras bien documentadas y bien escritas. Me pareció que ambas se encontraban insertas en el paradigma «revisionista» que tanto detesta; pero veo que me equivoqué. En todo caso, los autores más citados eran De Felice y Mosse. Y en *España contra España* el señor Saz Campos citaba abundantemente mis libros sobre *Acción Española*, *la Historia de las derechas españolas*, *La tradición bloqueada* y la biografía de Ramiro de Maeztu, que, por aquel entonces, no parecía interpretar como peligroso acervo de tesis «re-

visionistas» (Véase Ismael Saz Campos, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Marcial Pons. Madrid, 2003, pp. 78, 82, 84, 85, 105, 165, 269, 384, 421). Lo que ocurre es que, en mi opinión, el señor Saz Campos ha sido una víctima más del síndrome historiográfico de la «memoria histórica», que, repito, nos ha retrotraído a algunos de los peores momentos de la historiografía española. El catedrático de Valencia parece estar jaquetón con su amistad con Preston, Viñas, Casanova, etc.; y milita, desde hace tiempo, en esa dirección, bien es verdad que sin el éxito mediático de aquellos de los que se considera acólito. Y yo con los jaquetones tengo dos comportamientos: o los mando a paseo o enhebro un desafío dialéctico. Confieso que me gusta ahora mucho más mandar a paseo. Es más cómodo. Sin embargo, por las razones aducidas anteriormente, no lo haré.

En su libro *Franquismo y fascismo*, una gavilla de artículos publicados en libros colectivos y revistas especializadas, el señor Saz Campos ha fijado, entre otras cosas, su posición ante el tema de la denominada «memoria histórica», y hay que señalar que algunas de sus opiniones no tienen desperdicio, tanto desde el punto de vista histórico como ético-político. Una sola cita sintetiza su posición: «(...) no se puede construir la historia del siglo XX y de su logro principal, la democracia parlamentaria, como si casi no hubiesen existido las fuerzas políticas y sociales que más hicieron por ella. Y dentro de éstas hay que citar por supuesto a los liberales consecuentes, republicanos, socialistas, cenetistas y comunistas, a las

clases populares y a sectores fundamentales de las clases medias» (Ismael Saz Campos, *Fascismo y franquismo*. PUV.Valencia, 2004, p. 260). Resulta evidente que, desde esta perspectiva, no sólo la historia real queda radicalmente falseada, sino que con esta esquema en modo alguno se fomenta la liberal convivencia y el diálogo abierto y objetivo que tanto necesitamos. Presentar a José Díaz, Dolores Ibárruri, Francisco Largo Caballero, Buenaventura Durruti, Ángel Galarza o Julio Álvarez del Vayo como precursores del actual régimen político español es un insulto a la inteligencia, una tremenda falsedad histórica. ¿Acaso el conjunto de esa izquierda ocultó alguna vez su desprecio hacia el parlamento y hacia una democracia que calificaban despectivamente de «burguesa»? Y es que, como ha dicho hace poco el profesor Santos Juliá, todos estos personajes «soltarían hoy una siniestra carcajada si alguien les viniera con la memoria en clave democrática de que estaban defendiendo la República» (Santos Juliá, *Hoy no es ayer*. RBA. Barcelona, 2009, pp. 365). Esto ni tan siquiera valdría para un sector del republicanismo de comienzos del siglo XX. A la altura de 1905, el republicano José Nakens afirmaba que la única forma de traer la República era una dictadura «nacida de la conjunción del pueblo y del ejército, a cuyo frente se pusiera un militar para garantizar la eficacia de la acción» (José Nakens, *La dictadura republicana*. Madrid, 1905). El republicanismo de Alejandro Lerroux, el de los «jóvenes bárbaros», no era desde luego, como ha documentado magistralmente José Álvarez Junco, un movimiento parlamentario, sino populista. Eso por no hablar de los proyectos regeneracionistas de Costa, Picavea, Mallada, etc. Curiosamente, el Lerroux más pacífico, posibilista y parlamentario, el de la Segunda República, es el que suscita la máxima animadversión entre un sector de la izquierda historiográfica. Lo ha dejado bien claro el historiador Nigel Townson, en su modélica obra *La República que no pudo ser* (Taurus, Madrid, 2002). Libro que le recomiendo al señor Saz Campos, porque destruye las tesis antilerrouxianas de Preston.

Con respecto a mis acusaciones contra un

sector de la izquierda, que, a mi modo de ver, bien merece el título de «teórico del exterminio», sigo pensando lo mismo. No deja de resultar significativo que el señor Saz Campos no haga referencia a las matanzas de sacerdotes ocurridas no sólo a lo largo de la guerra civil, sino igualmente en el período republicano; ya en la revolución de octubre de 1934 hubo en Asturias algún que otro asesinato de religiosos, por no hablar de destrucción de templos. Si hubo un holocausto fue ese. Incluso creo que es en el caso de la persecución anticlerical en el que puede hablarse de «genocidio», tal y como lo define el sociólogo Michael Mann en su libro *El lado oscuro de la democracia. Un estudio sobre la limpieza étnica*. Se trató de un acto criminal intencionado cuyo propósito era liquidar a todo un grupo, no sólo física, sino culturalmente, mediante la destrucción de sus iglesias, bibliotecas, museos o imágenes. Ya he señalado que no soy partidario, a la hora de estudiar los procesos de genocidio, de los modelos explicativos mecanicistas, basados en planes o programas de destrucción; pero podemos preguntarnos si en tal acontecimiento, si en tal desastre no tuvo algún papel e influencia la reiterada propaganda anticlerical y anticatólica de algunos grupos republicanos de izquierda, tristemente representados por los periódicos *La Traca* y *Fray Lazo*. Es a eso a lo que me refiero. Y lo mismo podemos afirmar de los colaboradores de *Leviatán* y *Claridad*, con sus permanentes llamadas a la violencia, a la revolución, a la lucha de clases a palo seco, a la instauración de la «dictadura del proletariado», su animadversión hacia el liberalismo, la democracia y el reformismo social-demócrata. No he encontrado en la publicística española de la época una apología más radical y directa del totalitarismo que la sustentada por Luis Araquistáin en *Leviatán*, bien es verdad que basándose erróneamente en las ideas de Thomas Hobbes. Para Araquistáin, el Leviatán, es decir, el Estado totalitario, que él consideraba un ideal digno de ser alcanzado, sólo podría llevarse a término mediante «la socialización definitiva

de la propiedad» («Glosas del mes», *Leviatán* n.º I, mayo de 1934). Por cierto que Paul Preston fue el prologuista de una antología del órgano teórico del largocaballerismo y no dijo nada al respecto. Si eso no era una «teorización del exterminio» ¿qué es lo que era? Con el agravante de que sus enemigos no era sólo el conjunto de la derecha española, sino liberales, como Ortega y Gasset —«profeta del fracaso de las masas»—, y socialistas moderados y reformistas como Besteiro y Prieto.

Del tema de la masonería podríamos decir algo parecido. No tengo nada contra esa organización. Por supuesto que la literatura católica antimasonónica tenía un carácter irracional, paranoico, de teoría de la conspiración universal. Ahora bien, en la enemiga eclesiástica hacia los masones existía, sin la menor duda, un núcleo racional. No olvidemos que, como destacó la profesora Gómez Molleda, en las primeras cortes republicanas hubo ciento cincuenta diputados masones, lo que tuvo, al menos en parte, como consecuencia una legislación anticlerical y anticatólica muy dura. Para no pocos, estuvo muy claro que la influencia masonónica tenía como objetivo primordial acabar con la hegemonía católica en la sociedad española; era su proyecto. Esto no es someter a crítica a la masonería española; es simplemente un dato. Si el señor Saz Campos no lo ve, es asunto suyo.

No deja de ser significativo que el señor Saz Campos venga a insinuar que mencionar a Carl Schmitt o utilizar algunos de los conceptos de su cosecha puede resultar sospechoso de «fascismo», ya que lo califica, con pobre ironía digna de mejor causa, de «conocido demócrata resistente al nazismo». Tal planteamiento resulta, a mi modo de ver, tan superfluo como sectario. En ese sentido, serían sospechosos de «nazismo» Raymond Aron, Jürgen Habermas, Manuel García Pelayo, etc. Incluso un marxista inteligente, que también los hay, como el argentino José Aricó editó y prologó en la editorial Folios su obra *El concepto de lo político* en 1985. Lo que ocurre es que el catedrático de Valencia no entiende

el concepto de «revolución legal», que Schmitt utilizó a la hora de analizar y someter a crítica a la estrategia «eurocomunista» defendida por Santiago Carrillo en su libro *Eurocomunismo y Estado*. A juicio del constitucionalista alemán, Carrillo defendía una «revolución legal» consistente en la conquista del Estado por métodos electorales para luego utilizar el poder estatal con el objetivo de lograr la transformación radical, cualitativa de la sociedad. Y eso es lo que, en mi opinión, intentaron los socialistas, como Largo Caballero, a lo largo del primer bienio republicano, según han señalado, entre otros, Santos Juliá, Andrés de Blas, Fernando del Rey y Macarro Vera en algunos de sus escritos.

Por otra parte, he de señalar que, a diferencia de lo sustentado por el señor Saz Campos, yo nunca he mitificado a las derechas ni he pretendido lavarles la cara. En mis libros, he señalado y denunciado todos y cada uno de sus defectos, algunos de los cuales permanecen en la actualidad: su escaso espíritu reformista, su egoísmo, su clasismo, su clericalismo, su desdén hacia la cultura y hacia los intelectuales; ahí están todos mis libros, y en particular el dedicado a *Acción Española*, para demostrarlo; lo que critico en la obra de Preston es que se le atribuyan proyectos, ideas y planteamientos que nunca tuvieron. En concreto, a mi juicio, la CEDA no fue un partido democrático; tampoco liberal. Estuvo ligado a la tradición conservadora autoritaria o teológico-política. Pero eso no lo convierte en fascista. La «fascistización» de su proyecto político consistió, a mi modo de ver, en la radicalización de esa perspectiva tradicionalista, antiliberal y antidemocrática. Los hombres de la CEDA, al igual que los monárquicos de *Acción Española* o los carlistas, tenían los mismos enemigos que los fascistas, pero no idénticos. La mayoría de los dirigentes cedistas y los miembros de la ACNP —con la excepción de Manuel Giménez Fernández o Luis Lucía— no eran demócratas; pero criticaron acerbamente la religión política fascista, el racismo nacional-socialista, el partido único, el corporativismo de Estado, etc. (Véase

Pedro Carlos González Cuevas, «Las religiones políticas contemporáneas: su incidencia en España», en Julio de la Cueva y Feliciano Montero, *Laicismo y catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República*. Alcalá de Henares, 2009, pp. 91-127).

No obstante, creo que, a la hora de explicar la actitud de los católicos en general y de la CEDA en particular hacia la II República, hay que profundizar más. Y es que los nuevos dirigentes republicanos, y en particular Azaña y los socialistas, creyeron que la Iglesia y la derecha católica no debían tener papel alguno en las instituciones del nuevo régimen. A su entender, como ha señalado Santos Juliá, en su estudio introductorio a los Diarios de Azaña, correspondía al Partido Radical de Lerroux representar a la derecha; los republicanos de izquierda serían el «centro»; y los socialistas, la izquierda. Esta perspectiva tuvo su fiel reflejo en la Constitución de 1931. Todo lo cual deslegitimó al nuevo régimen ante el grueso de la opinión católica.

Con respecto al tema del fascismo, cada día me parece más claro el error, en el que yo también he caído, de hablar de fascismo de una forma genérica, como si fuera igual la historia alemana que la italiana o la española, con sus radicales diferencias de orden cultural, social y económico. A ese respecto, me parece un tanto pueril la añagaza del señor Saz Campos acusándome de defender un supuesto «fascismo bueno» frente a otro «malo». Parece mentira que un investigador que ha dedicado el grueso de su producción al estudio de los movimientos fascistas pueda caer en tales simplificaciones. Y es que se trata del hecho evidente de las diferencias cualitativas entre fascismo italiano y nacional-socialismo alemán. Pese a sus posteriores alianzas fueron dos movimientos muy diversos desde el punto de vista ideológico, cultural y social, aunque coincidieran en una serie de aspectos. Por de pronto, el movimiento alemán rechazó lo que denominaba «estadolatría italiana», mientras que el fascismo, al menos hasta 1938, rechazó el racismo y el antisemitismo.

De hecho, el movimiento italiano contó con la adhesión de numerosos judíos, entre ellos el eminente filósofo del derecho Giorgio Del Vecchio. Incluso ejerció una influencia importante en ciertos sectores del movimiento sionista, como el capitaneado por Zeev Jabotinsky, según señaló Shlomo Avineri en su obra *El ideal sionista*. Sin duda, Onésimo Redondo fue un fascista, muy impregnado de catolicismo social y de tradicionalismo cultural. Fue un antisemita católico; pero no un nacional-socialista. Y, en ese sentido, lo que he señalado, y que tanto parece haber molestado al señor Saz Campos, es que criticó públicamente el racismo biológico de Alfred Rosenberg, al que calificó de «extravío filosófico» y «aberración cultural» (*Libertad*, 28-I-1935, p. 2). No se trata, bien lo sabe el señor Saz Campos, de fascismo «bueno» o fascismo «malo»; se trata únicamente de mostrar que en el fascismo español el factor racial carece de importancia ideológica, cultural y política. Nada más. ¿No está de acuerdo en eso?

Confieso que lo de las «malas compañías» me ha llegado al alma y me ha hecho reír, y eso sí que es difícil, porque soy de natural adusto. La prevención que delata parece tener incluso matices clericales. Me recuerda a un libro, muy leído por la piadosa burguesía hogareña española de comienzos del siglo XX, titulado *Novelistas buenos y malos*, publicado en 1910 por el Padre Pedro Pablo Ladrón de Guevara, en cuyas páginas se condenaba al grueso de la literatura moderna tanto española como extranjera. Quizás el señor Saz Campos se decida algún día a publicar un libro sobre *Historiadores buenos y malos*. Claro que ya sabemos cuáles son los «malos»: De Felice, Furet, Nolte, Mosse, Gentile, etc.; ahora me gustaría saber cuáles son los «buenos». Lo sospecho, pero me lo callo. Me recuerda igualmente a alguna de las escenas de la genial película de Federico Fellini, *Amarcord*, cuando el cura confiesa a los niños del pueblo y les dice que, si se masturban, «llora San Luis». En mi colegio de curas, algunos sacerdotes preconciarios intentaron lo mismo; pero ya no les hicimos ningún

caso; eran los años setenta del pasado siglo. De esta forma, el señor Saz Campos recurre, para criticar y demonizar al revisionismo histórico, a lo que el buen Miguel de Unamuno denominaba «compungidas ramplonerías escolásticas de eso que llaman la libertad bien entendida».

En ese sentido, no llora San Luis; llora Clío, por su libertad e independencia cuestionadas desde la esfera ideológico-política. ¿A dónde llevan las posiciones defendidas por el señor Saz Campos? Para mí está tenebrosamente claro: a la «memoria de Estado», «una política pública de memoria», teorizada, entre otros, por el historiador catalán Ricard Vinyes, en uno de los artículos más sectarios y sobrecogedores de los últimos tiempos. Y que en la Cataluña del tripartito llevó a la instauración del Memorial Democrático. Para Vinyes, esa «memoria de Estado» o «política pública de la memoria» tiene como objetivo «desproveer de calidad moral a los implicados con la dictadura» y «socializar los valores democráticos de la resistencia». Naturalmente, el historiador catalán identifica, sin más, democracia con antifranquismo (Ricard Vinyes, «La memoria del Estado», en *El Estado y la memoria*. RBA. Barcelona, 2009, pp. 23-61). Puro Orwell. No soy yo quien pretende, según señala el señor Saz Campos, instaurar una «nueva verdad», entre otras cosas porque creo, con Karl Popper, que cualquier ciencia, y en concreto la historia, es «búsqueda sin término». Es el señor Saz Campos quien, a través del consenso antifascista o antifranquista, pretende instaurar una «memoria de Estado» y una ortodoxia ético-política, con lo cual manda al ostracismo silencioso, a la mendicidad profesional y al destierro eterno a todos los que no comulguen con sus estrechos planteamientos. La suya es una política de fe; la mía de escepticismo. Son las «trampas de la memoria antifascista» que han denunciado en la prensa Fernando del Rey (*El Mundo*, 22-III-2007) y Santos Juliá (*Hoy no es ayer*; pp. 370ss). En todo caso, habría que hacer referencia no sólo al consenso antifranquista, sino a un consenso antitotalitario y antirrevo-

lucionario. Lo que llevaría a la condena no sólo del franquismo, sino del comunismo, el socialismo revolucionario y el anarquismo. Y es que, como ya señaló hace tiempo Raymond Aron, la democracia liberal y parlamentaria resulta incompatible con la revolución. Algo que, como ya sabemos, el señor Saz Campos no acepta. En cualquier caso, yo siempre me opondré a una «memoria de Estado». Contra tal proyecto, se han alzado en Europa numerosos historiadores. Es muy conocido el manifiesto titulado «Liberté pour l'histoire», firmado, entre otros, Marc Ferro, Jacques Julliard, Pierre Nora, Mona Ozouf, Pierre Vidal Naquet, etc., etc. En el manifiesto, se decía: «En un Estado libre no corresponde ni al Parlamento ni a la autoridad judicial definir la verdad histórica. La política del Estado, incluso animada de las mejores intenciones, no es la política de la historia» (Véase Pierre Vidal Naquet, *La historia es mi lucha*. PUV. Valencia, 2008, pp. 96 y ss.).

A ese respecto, parece como si el señor Saz Campos pretendiera transplantar a España esa institucionalización del consenso antifascista que, como ha señalado Enzo Traverso, ha fracasado tanto en los países del socialismo real como en Italia. En ese último país, la instauración de la memoria antifascista no evitó la supervivencia del MSI; la subida al poder de Silvio Berlusconi, quien no ha dudado en utilizar en sus mítines gestos mussolinianos ante Alessandra, la nieta del Duce; y la participación en el gobierno de un partido «posfascista» como Alianza Nacional. El propio Enzo Traverso, hombre de izquierda, ha reconocido que la instauración del consenso antifascista tuvo «consecuencias lesivas para la investigación histórica» (Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia y memoria histórica*. Marcial Pons. Madrid, 2007, pp. 98-100).

Y es que, como señaló en su día Renzo de Felice, fórmulas tales como «mal absoluto» o «locura histórica», no solo carecen de valor heurístico, sino de función pedagógica. Lo fundamental, en una democracia liberal digna de tal nombre, es la posibilidad de debate crítico

en una esfera pública sin cortapisas (Renzo de Felice, *Rojo y negro*. Ariel. Barcelona, 1996, p. 129).

Y termino. Los temas exigían dilatado comentario. El alegato del señor Saz Campos, no. Su exégesis es muy pobre. Como apología de su amigo/maestro resulta decepcionante por sus vacíos, su carácter en gran medida elusivo e impreciso. En realidad, si bien se mira, el señor Saz Campos no se enfrenta nunca de manera nítida al conjunto de mis críticas a Paul Preston. Sus expresiones ilustran tal imposibilidad: «justamente», «de acuerdo en lo fundamental», «puede ser», «es posible», «puede admitirse», y así todo. Lo cual demuestra que mi crítica está muy lejos de ser ese «mero tiro al muñeco» que el señor Saz Campos me atribuye. En su lugar, el señor Saz Campos recurre a la política pura y dura. *Politique d'abord*, que diría Charles Maurras; ahí está la almendra de todo el alegato/apología del señor Saz Campos. Dialéctica amigo/enemigo, no amigo/adversario, como delata su acusación, tan infundada como grave, de que yo pueda defender un «negacionismo (!) a la española». Le agradecería que lo retirara. De lo contrario, no solo renunciaré a debatir con el señor Saz Campos, sino que me veré obligado a recurrir a otras instancias. Porque yo no he negado ninguna matanza. Simplemente, he interpretado de otra forma su significado. El mensaje del señor Saz Campos no es ciertamente alentador para el porvenir y desarrollo de nuestra historiografía. Es un mensaje que, desde luego, yo no comparto. Porque lo que verdaderamente hay que esperar de un historiador no es que se defina políticamente, como muchos ciudadanos españoles hacen en una mesa de café, sino que aporte rigurosa y objetivamente un adarme de luz sobre la reciente y conflictiva historia contemporánea de España. ¡Ah!; se me olvidaba; le recomiendo que borre de sus libros y artículos citas o referencias a los míos. Yo también puedo ser una «mala compañía» y el señor Saz Campos puede condenarse. Entonces, la historia no le absolverá.

Nota del Consejo de redacción

El propósito de esta sección de la revista es estimular el debate historiográfico constructivo. Partimos de la convicción de que el avance del conocimiento requiere del ejercicio de la crítica respecto a las aportaciones que se publican y de que esa crítica se puede y se debe realizar a través del respeto e incluso la cortesía académica. No estamos seguros de que haya sido así en el caso del texto del doctor González Cuevas que hoy publicamos. Hemos optado, sin embargo, por publicarlo tal como nos fue remitido. Rogamos sin embargo a quienes en el futuro participen en esta sección que eviten toda descalificación personal y se atengan a debatir argumentos.